



DOS POEMAS AL SUR DEL SUR.

Julio Rivera Cross

ARRUINADO DE VALORES ENTRAS EN LA CIUDAD SANTA
de Fez

con el polvo del desierto en las sandalias,
entre claxoms y humo de automóviles.
La puerta de Bab el Hamra cruzas,
en el aire coágulos de sangre derramada.

Inventas

excusas racionales para la pobreza
que allí ves,
se pega a tus vísceras tanta llaga...

Buscas el barrio de El Andalous:
Medersa es Sebbaine, Medersa es Sahrija,
dejando atrás el cementerio de arcilla,
el laberinto de mezquitas en ruinas.

Es

Semana Santa en España
y la primavera escala por los muros,
ajorcas de jazmines en las palmeras,
fuego en el alma,
horizontes ocultos por langostas...

Ya, en la fuente de Nejjarine,
tus temores limpia. La ley del Talión
viene a tu mente, un viejo encorvado
su mano extiende al transeúnte...
en la kasbah de Filala, tus sentidos son

De pronto,

abordados: perfumes, elixires, especias,
sangre caliente, sedas, kif,
espliego, aroma de té con
azahares, cueros, chilabas,
caftanes, sudores, susurros
mascullados de alfaquíes...

Ves el cadáver de Aristóteles
cubierto por las moscas, te vas
detrás de una mariposa azul,
y miras con un niño el viaje penoso de la hormiga.

«Sois la mejor comunidad humana
que jamás se haya suscitado...», se hace consciente
la aleya,
mientras tu corazón se regocija
al ver a dos hombres maduros
cogidos de las manos.

«En el nombre de Dios, El Compasivo, El Misericordioso...»,
llama cantando el almuédano,
recuerda a todos que Dios existe.

Ah, ensánchate espíritu. Deja entrar a toda cosa,
el Tiempo es tu aliado y amigo.
Melo pea de llamada a la oración,
alegría de la gloria de vivir,
aplazamiento, sugestión.
Deseo.
Deseo de lluvia en los ojos.
Polvo.
Polvo sagrado de Marruecos,
lluvia dulce y lenta
que llora el ala de los ángeles...

Perdido ya en las callejas
tras la arubiyat que un ciego canta,
los muslos de paloma de las muchachas...

MIENTRAS LA PEQUEÑA CIUDAD DE XAUÉN

duerme
una estrella custodia cada sueño.

Maúlla un gato en el tejado de una mezquita
y una música de laúdes llega de entre los tilos
de la alameda...

El azalá del atardecer aún está en los labios
cuando el almizcle va cerrando los ojos
tras cortinajes de adamascada seda, lenta, lentamente...

En la Medina, alfombras y caftanes
un cuerpo dulce sueñan; un viejo, despierto,
su virilidad alarga con el kiffi, y

la luna,
siempre doncella, con su invisible manto
cubre

las rodillas todavía desnudas...

En los mihrabs,
también dormida,
sueña una perla.